

SARMIENTO Y LA REVOLUCIÓN FRANCESA

1.- El siglo de las luces, los gozos y las sombras

Quienes prepararon la revolución más importante, la que abre precisamente la Edad Contemporánea, no hablaban de revolución. Los pensadores del siglo XVIII inquietaron las conciencias, denunciaron las falacias de un orden ético y social plagado de contradicción e injusticia. Pusieron en evidencia el privilegio, la corrupción y el abuso, en suma, la irracionalidad de la organización social y la opresión del Estado. Pero la idea de "revolución" en su alcance social, o más bien político, en tanto el Estado es la expresión genuina del edificio social, no aparecía en ellos.

Era, aún, la utopía. No obsta para que aquel espíritu de examen (especialmente manifiesto en el Contrato social y en el Origen y los fundamentos de la desigualdad de los hombres) fuese la caja de Pandora -como dice Raúl Orgaz- "de don de escaparon, a los cuatro vientos, todas las ideas que han envenenado la atmósfera social europea" (1). Para decirlo con palabras de Sarmiento: "se levantaba un monstruo nuevo en la familia de las herejías, que no tenía nombre ni cabeza".(III, 262) (2).

Hacia mediados del siglo, sin embargo, las ideas de rei vindicación y justicia estaban ya "près de la victoire", como titularía Paul Hazard el último capítulo de su conocido ensayo (3). "Casi toda Europa ha cambiado de ~~rostro~~ desde hace cincuenta años" escribía Voltaire en su Tratado de la Tolerancia. "Después de 1760, Europa parece conquistada, y la partida ganada" sostiene Hazard. La Razón (entonces siempre es-

crita con mayúscula) se había impuesto, los filósofos auguraban una era dichosa: "los reyes son más tolerantes que nunca; surge una generación que se horroriza del fanatismo; las primeras funciones serán un día ocupadas por los filósofos, nuestro reino se prepara, de nosotros depende su llegada" glosa y sintetiza Hazard (4).

Estos filósofos no eran ni violentos, ni declamatorios, ni ergotistas. No se parecían ni al estoico, ni al monje, ni al cortesano, ni al erudito. Eran hombres que procuraban aliar su pensamiento al goce de la vida, las ideas a la práctica, la Razon a la Felicidad.

Al estudiar el mecenazgo que los déspotas ilustrados brindaban a los escritores, el minué de las "reverencias de los príncipes a los filósofos y de los filósofos a los príncipes", Hazard señala que los filósofos se engañaban: "El defecto estaba en que la filosofía creía servirse de los reyes y eran los reyes los que se servían de ella". Era verdad. Pero Sarmiento, a partir de aquella misma observación, (que todos estaban convencidos de que la libertad y la igualdad serían un bien común cuando la filosofía reinase en el mundo), con mirada prospectiva llega a otra conclusión: "tan convencidos llegan a estar todos de que esto es la cosa más natural y sencilla del mundo, que el rey, los cortesanos, los príncipes, los nobles, los obispos, los abades y los frailes, tenedores todos ellos de los privilegios y de la mayor parte del territorio, son los primeros filósofos, los primeros revolucionarios, los primeros propagadores de las doctrinas más subversivas y desquiciadoras, de tal manera que hoy se han acumulado los desencantos de un siglo, y pocos hallan sorprendentes las profecías de Cagliostro y otros iluminados, que anunciaron la triste suerte que les aguardaba, aplastados por las ruedas del mismo carro que con tan poca destreza echaban a rodar." (XXXV II, 257).

La organización social, sin embargo, no iba por el mismo camino ascendente de las ideas intelectuales y morales: antes bien, las condiciones materiales del pueblo empeoraban a medida que avanzaba el siglo, y Sarmiento confiesa la sorpresa de que "Voltaire, demoliéndolo todo con el arma francesa

del ridículo; Rousseau, enseñando los medios y método de parar de punta una pirámide" no hubieran conducido a un cambio. Y recuerda que Buckle se asombraba "de que el pueblo francés hubiese podido tolerar hasta la revolución de 1789 el infame, monstruoso gobierno que lo había reducido a la condición de bestia de sembrar trigo", y de que Taine revelara "que los nueve décimos de los municipales de Francia entonces no sabían leer, porque pocos poseían tanto saber." (XXXVII,252)

Así, superada la hambruna de 1709, "la época de los filósofos fue un período de gran prosperidad, en el que las riquezas regaron la vida francesa" como dice Mandrou (5), hasta llegar a la seria crisis prerrevolucionaria.

El siglo que culmina con la gran convulsión de la Revolución Francesa representó, no metafórica sino realmente, esa progresión del acápite: iluminación y holgura en el comienzo y la mitad de la centuria, sombras y crisis en el final.

2.- Todas las revoluciones, la Revolución

La historia no se repite. Pero sí se repite. Ortega recuerda que Schopenhauer decía con humor que "la misión de la historia estaba en mostrar cómo las cosas han sido siempre las mismas, sólo que en cada momento de otra manera: eadem sed aliter" (6). Una misma esencia, cada vez con diferente rostro. Por lo primero se ha dicho que la historia es maestra de la vida; por lo segundo, que es necesario interpretarla. Pero la humanidad rara vez lo hace, y de ahí sus desgracias repetidas. Sólo unos pocos descubren lo permanente a través de lo transitorio. Sarmiento era escéptico respecto de ese don de penetración: "las citas de la historia -decía- son inútiles para el público: él no se reconoce nunca en el drama en que los personajes figuran siempre con diversos nombres, las pasiones humanas, y las ambiciones." (LII, 32)

¿No ocurre algo de esto con las revoluciones? Pero ante todo ¿qué es una revolución? La teoría registra interpretaciones que van desde su concepción como un estado de espíritu hasta un morbo, desde una resurrección hasta la socialización de un escándalo. ¿Cuándo tiene lugar? Cuando hay un descontento colectivo intolerable. Y ¿cuál es la esencia del fenómeno revolucionario? Habría, según Orgaz, una esencia espiritual, cuyo conocimiento resulta indispensable para la determinación de su esencia social. Existe, pues, un perfil psicológico y otro sociológico del fenómeno revolucionario. Pero la insatisfacción de orden psicológico debe encontrar resistencia (en otro grupo) y traducirse en malestar sociológico para que haya revolución. El grupo de la mencionada insatisfacción (masa) debe albergar en su seno, sin embargo, una minoría esclarecida (élite).

La praxis de la revolución, por su parte, muestra que la acción de escritores y filósofos genera la conciencia social propia de los períodos prerrevolucionarios. Esta conciencia incide de una manera decisiva en la pérdida de confianza en el estado de cosas anterior, de los grupos dominantes. Aparece un marcado escepticismo y una debilitación de las defensas. "Son los magistrados mismos los cómplices de los filóso-

fos contra la autoridad que representan, y muy pronto es elegante menospreciar los prejuicios, la superstición y el fanatismo" dice el historiador Mornet (7). En fin, aquella conciencia social va a ser el teatro del conflicto, en su etapa propiamente revolucionaria.

Entonces, la utopía ya no basta: la inteligencia convoca al sentimiento, y tras la voluntad, a la pasión.

Y sin embargo, no todos los conflictos han merecido el carácter de revolucionarios en la historia del hombre. Conocido es el diálogo de la Rochefoucauld con Luis XVI después de hacerlo despertar en la noche del 14 al 15 de julio para anunciarle la toma de la Bastilla (y con el que Taine abre precisamente el tomo respectivo de su Historia): -Entonces es una revuelta, dijo el rey. -Majestad, respondió el duque, es una revolución.

Orgaz afirma en su ensayo: "Conviene prevenirse contra el error de confundir cualquier cambio institucional, por extenso y profundo que sea, con un genuino proceso revolucionario" (8). Albert Camus, al indagar el verdadero carácter de las revoluciones históricas, señalaba: "Un cambio de régimen de propiedad sin el correspondiente cambio de gobierno no es una revolución, sino una reforma" (9).

Sarmiento mismo se veía en la necesidad, hacia 1875, de precisar el concepto, pues constataba que "no hay movimiento subversivo, por pequeño que sea, ni motín de un cabo con cuatro soldados, que no llamemos genéricamente revolución" (XXXIX, 30). De ahí su desprecio por lo que "llaman revoluciones los mismos que las prohijan, y se figuran ennoblecerlas con palabra que reputan noble y aceptada" (XXXIX, 197).

El abuso del vocablo lo indignaba, y quería proscribirlo de nuestro idioma político; no cabía en un estado legal. Recordaba que desde el día en que "Mitre empuñó el bastón de Presidente y ciñó la banda de generalísimo de la República, la palabra Revolución quedó borrada del diccionario legal, quedando sólo consignada en la pasada historia, en caracteres de oro, pues como lo hemos mostrado, la revolución nacional contra las tiranías que eran obstáculo a dar una Constitución, principió y acabó con este santo propósito" (XXXIX, 30).

Y agregaba: "La Constitución dada entonces y vigente hasta hoy, excluye la palabra revolución, sustituyéndole las palabras legales, insurrección, conmoción, invasión, todos crímenes definidos y castigados" (ib.).

El fragor del combate no es indispensable para que un proceso adquiera el carácter de revolucionario. Quizás hubo revoluciones que se hicieron sin que sus protagonistas tuviesen plena conciencia de que las hacían. Por eso lamentaba Julián Huxley: "Es tal vez una lástima que la palabra revolución tenga dos sentidos: uno de insurrección, el de levantamiento sangriento contra la autoridad constituida; otro, el de un cambio tajante y de grandes proporciones en las ideas e instituciones que constituyen el armazón de la existencia humana" (10).

Pero si bien es cierto, como indicaba Ortega, que "no todo proceso de violencia contra el Poder público es revolución" (11), no es menos cierto que el ingrediente de la lucha y el combate rara vez está ausente, al menos en la historia moderna, y que lo que varía es el mayor o menor grado de disturbio, de violencia o de terror. La humanidad parece haber consagrado más bien que no hay revolución sin sangre, y lo que la caracteriza es la mayor o menor abundancia con que ha corrido. O tal vez -paralelamente aunque no siempre proporcionalmente- el grado de horror con que se la ha visto correr.

Admitamos, entre tanto, la distinción entre revolución pacífica y violenta, o, como simplificaba Echeverría, entre revolución de hombres y revolución de ideas. (Curiosamente, la palabra, que en su etimología original aludía únicamente al movimiento, en especial de rotación, y sólo en sentido figurado fuera utilizada -ya hacia 1455, según el Diccionario Aguiló- para referirse a un movimiento subversivo, invierte esa relación modernamente, pareciendo hoy indudable que el lenguaje común asigna al concepto de revolución el sentido recto de violencia, y sólo metafóricamente lo conserva al hablar de revolución industrial, estética, moral).

La revolución política o social, sin embargo, es tanto de hombres como de ideas. En todo caso, el interrogante consistiría en determinar el verdadero orden de prelación (en la

posibilidad de establecerlo). O sea, si el orden es el de la utopía primero y la acción después, si estalla antes en las cabezas que en la calles, o al revés. Raúl Orgaz, en su mencionado ensayo, afirmaba en síntesis que "el alma revolucionaria entra en los paraísos de la utopía (...) pero porque antes ha pasado por el infierno de la historia viviente" (12). Camus, en cambio, después de hacer el proceso de todas las revoluciones, sostenía que "la revolución comienza a partir de la idea (...), es la inserción de la idea en la experiencia histórica (...), una tentativa de modelar el acto sobre una idea" (13).

En fin, lo cierto es que, aunque las revoluciones se ja lonan en la historia por su estallido político y social (en la misma proporción de su violencia), su verdadero alcance queda signado por los principios que las preceden o las ideas que se derivan. Dicho de otro modo, por la utopía prerrevolucionaria o por el nuevo orden. Aunque lo que se conmemora es la toma de la Bastilla, la revolución reside en la Enciclopedia y en los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Por lo demás, de un planteo rigurosamente histórico se proyecta a un enunciado atemporal y ecuménico: "La Revolución se inicia negando los privilegios del noble francés del siglo XVIII, y acaba proclamando los derechos del hombre" (14).

De esa ecuación nacen los controvertidos juicios y pronósticos sobre su realidad. Taine profetizaba que no habría ya otra Revolución Francesa en Europa, Ortega negaba que hubiesen tenido lugar en América, Camus afirmaba que no las había habido aún en la Historia.

La historia, sin embargo, ha retenido unas cuantas, "ejemplares": la revolución inglesa, la francesa, la norteamericana, la rusa... La cuota de violencia o de terror, como se ve, varía considerablemente. En todas hay siempre una "pars destruens" y una "pars edificans", un rechazo y una afirmación, un combate y una mística. Octavio Paz decía: "Toda revolución es, al mismo tiempo, una profanación y una consagración" (15).

Sarmiento se ha referido constantemente a las revoluciones, y su juicio ha provenido esencialmente de la estimación de los términos del conflicto, de una evaluación ética, siem-

pre ligada a su horror visceral por la crueldad y la barbarie. No es extraño entonces verlo exaltar a la revolución inglesa (que, recurriendo a Macaulay, llama defensiva), la cual, por un camino menos cruento, de "evolución", llega a los mismos resultados de las revoluciones violentas y al mismo calificativo de gloriosa. Trevelyan dice que "quizás hubiera sido más apropiado llamarla la Revolución Sensata, lo cual la distinguiría más claramente de las otras revoluciones" (16). Distinción que André Maurois sintetiza en su Historia de Inglaterra, explicando que allí "no se habían formado entre la aristocracia terrateniente y los granjeros, entre la corte y los comerciantes de la City, los vigorosos odios que provocan las castas cerradas. La desigualdad era grande, pero las carreras se hallaban abiertas al talento y las leyes se aplicaban para todos" (17). Para Maurois, los ingleses sintieron una benevolencia optimista por la Revolución Francesa desde 1789 hasta 1792, que se transformó en declarada hostilidad ante la ejecución de Luis XVI y la ocupación de Bélgica. Sarmiento lo hubiera acompañado en esta interpretación.

Junto a la revolución inglesa, hacía la invariable ponderación, naturalmente, de la norteamericana, hecha por unos labradores que agredidos en su derecho "habían abandonado el arado, y reunidos en ejércitos de voluntarios, vencido las escuadras y los ejércitos de Inglaterra, para volver a su trabajo ordinario en seguida" (III,262).

Crane Brinton ha hecho una radiografía de las cuatro revoluciones más conspicuas de la historia moderna (las que ya hemos mencionado), para descubrir la anatomía de la revolución (18). Por encima de sus rasgos peculiares, destaca las uniformidades. Todas ellas pretenden cambiar un injusto estado de cosas, que puede recibir genéricamente el nombre de "antiguo régimen". Son los síntomas procrónicos, que revelan una sociedad enferma.

A ellos les siguen las tres etapas características del cambio revolucionario. La primera, de los estadios iniciales, pasa por las fases sucesivas del relativo auge económico, los antagonismos de clase, la desertión de los intelectuales, la insuficiencia del aparato gubernamental y la ineptitud de la

antigua clase dirigente. Simultáneamente, aparece la incapacidad de la autoridad para hacer uso de la fuerza. Al triunfo sucede el reinado de la Virtud, o de la Religión, o de la Mística. La segunda es la del Terror, en que un grupo relativamente pequeño monopoliza la acción, imponiendo la violencia, y haciendo que el hombre común se sienta inseguro, sujeto al "gran temor". La tercera puede ser designada con el nombre común de "reacción termidoriana", etapa de convalecencia en la que surge el tirano, con un "retorno de la iglesia". Ortega hablaba de decadencia, en su epílogo sobre el alma desilusionada (19).

En fin, para Brinton, todas las revoluciones obedecen a un mismo proceso esencial, el de la Revolución. También Sarmiento entreveía esa unidad, al hablar del derecho popular de revolución, sus causas y sus límites, sosteniendo que "aquí es el lugar de señalar un rasgo que une entre sí todas las grandes revoluciones de los pueblos desde la caída de los Estuardos en Inglaterra" (XXXIX,24) y que no era otro que el reclamó de representatividad y división de los poderes.

3.- La Revolución Francesa en el espejo rioplatense

La influencia de la Revolución Francesa en América ha sido tema controvertido. Algunos han negado su eco en estas orillas, y un reconocido historiador ha escrito que " en nada influyó en la independencia americana". La opinión es rechazada por otros. En ocasión del 150º aniversario de la Revolución Francesa, la Academia Nacional de la Historia le rindió homenaje con un acto en el que, tras las palabras de apertura del Dr. Levene, a la sazón presidente, hablaron el embajador de Francia para referirse al hecho, y Ricardo Caillet-Bois para exponer sobre la América española y la Revolución Francesa. En esa disertación -recogida luego en el Boletín (20)- sostiene el historiador que la influencia existió, y que, al margen de su magnitud, los estudios modernos han ido poniéndola en evidencia. En apoyo de su afirmación, reseña la cambiante repercusión que la noticia de los hechos fue cobrando en América, desde la favorable acogida inicial hasta la adversa opinión provocada por la ejecución de Luis XVI. "Partidaria o no de la ideología de 1789 -dice el autor- la sociedad colonial sufrió una verdadera conmoción como no la había experimentado hasta ese momento, ni aún cuando los norteamericanos de Norteamérica sacudieron la dominación europea en 1776". "Los colonos -añade- salieron del marasmo en que se hallaban sumidos, analizaron su situación con respecto a España y, paulatinamente, insensiblemente, fueron formando un núcleo de opinión independiente". Y concluye: "En 1800 se había progresado en forma insospechada. Por entonces los virreyes vivían desconfiados e inquietos. La revolución golpeaba ya en las puertas del vetusto edificio."

Tampoco fue parejã la intensidad con que recibieron la influencia las posesiones hispánicas. Caillet-Bois la analiza en el virreinato de Nueva España, en las capitanías generales de Guatemala, Cuba, Venezuela, Chile y en la Presidencia de Quito, hasta llegar a los virreinos del Perú y del Río de la Plata en que la influencia fue más débil por estar más alejados del teatro de las operaciones.

En el último, sin embargo, se vigilaba a los barcos que

llegaban de Europa, como ocurría en Montevideo en diciembre de 1789 con la corbeta Duque de Orleans, para comprobar si no "esparcía libelos ó Papeles concernientes á la actual situación de la Francia". Mientras tanto, parece ser que los franceses que vivían en Buenos Aires y los criollos expresaban su beneplácito por la reunión de los Estados Generales. Un bando del 1º de marzo de 1790 prohibía la difusión de pasquines y papeles sediciosos.

No es extraño que así ocurriese, cuando Sarmiento da cuenta de que aún las ideas del siglo XVIII eran censuradas, como lo dice en un extenso párrafo que por su ilustrativo contenido vale la pena transcribir: "No había sermón sin San Agustín, y los nombres de Voltaire, Rousseau, Diderot recibían de cada predicador su maldición condigna, con lo que se despertaba la curiosidad de los estudiantes y los sobrinos de los curas lograban con sus importunidades que entre casullas y capas de coro, misales y breviarios que no habían de ser registrados en la aduana, por especial privilegio que aún subsiste, se introdujese la Enciclopedia cuan voluminosa es, y existió en América por centenares de ejemplares y las obras de Voltaire y las de Rousseau eran del dominio público, como lo revela el hecho de haberlas quemado el padre Piñero en auto de fe en 1878 en el Colegio Nacional de Santiago del Estero, donde las encontró, no siendo de data reciente su introducción, pues hacía casi un siglo que no eran material de lectura, salvo la Nueva Eloísa y el Contrato Social." (XXVIII, 200)

Y si esto sucedía con los filósofos ilustrados, cuánto más no ocurría con las noticias y libelos de la Revolución: "Pero qué decir, como instrumento contundente, punzante, cortante e hiriente de educación, de la revolución francesa que desarrollaban sus cuadros grandiosos y aterrantes hasta ver salir de aquella fulguración incesante la Gran Bestia del Apocalipsis (así nos lo decían) llevando la desolación a los cuatro extremos de la tierra." (ib., 201)

Es más. Sarmiento llega a descontar la incidencia de aquellos acontecimientos en el aprendizaje del francés en estas tierras: "la refulgencia de la revolución francesa y las gloriosas batallas de Bonaparte transformado en Napoleón, que

las hacía trascendentales a la América del Sur, hizo popular el conocimiento del francés en las clases inteligentes por toda América con el que se aprenderá a leer entonces para saber lo que ocurría, se decía, esperaba o temía." (ib., 201)

Leyes y bandos estipulaban severísimas disposiciones para impedir el ingreso y difusión de las noticias y de las ideas que sostenían los revolucionarios franceses. A pesar de amenazas y castigos, la vigilancia era burlada. Innumerables hechos lo prueban. Pero la propaganda llegaba a los habitantes, especialmente a los criollos y extranjeros residentes que expresaban su satisfacción por la reunión de los Estados Generales. Libelos, copias manuscritas de discursos, cartas, daban cuenta de los sucesos revolucionarios, y corrían entre aquella parte de la población más desahogada e instruida. Con la mayor vigilancia cundía el interés, y con éste la circulación clandestina de papeles sediciosos, medallas, monedas, hasta ser bien conocidos los nombres de algunos protagonistas como Robespierre. La difícil situación de la monarquía española favorecía las ideas de libertad, y comenzaba la inquietud de las autoridades ante veladas reuniones, algunas realizadas en la quinta de Liniers. Hubo un proceso a negros y franceses acusados de conspiración. Lo mismo ocurría en Montevideo donde al parecer los esclavos, bien relacionados con los de su clase que navegaban por el río de la Plata, hacían temer una sublevación.

Si esto sucedía con la población de las diversas clases sociales, es de imaginar en qué medida las nuevas ideas ganaron la conciencia de los prohombres de la emancipación rioplatense.

Caillet-Bois lo muestra en algunos. Belgrano, por ejemplo, recuerda en sus memorias la repercusión que aquellas ideas tuvieron en los hombres de letras que entonces frecuentaba en España, y que le hicieron abrazar los ideales de libertad, igualdad y propiedad, llegando a ver sólo tiranos en quienes se oponían a tales derechos concedidos por Dios y la naturaleza.

En cuanto a Moreno, rescata el hecho de que hiciera editar una traducción del Contrato Social, con un prólogo encomio

so, así como su prédica inspirada en los girondinos. De Montea-
gudo, a su vez, transcribe un párrafo en el que su autor desta-
ca la influencia de las revoluciones norteamericana y francesa
en las colonias españolas, despertando el espíritu de resisten-
cia, anticipo de los movimientos independizadores. Agrega Mon-
teagudo que su adhesión lo había llevado a "abrazar con fana-
tismo el sistema democrático", hasta parecerle insuficiente el
Contrato Social. En las proclamas de San Martín, finalmente,
Caillet-Bois encuentra el eco del credo revolucionario que ins-
pirase las grandes transformaciones políticas e instituciona-
les para restablecer los derechos de la especie humana.

4.- Sarmiento y la Revolución Francesa

Sarmiento se refirió en numerosas ocasiones a la Revolución Francesa, y esas referencias quedan registradas a lo largo de sus artículos y discursos. No obstante, si se sumaran todos los reparos, las críticas y las objeciones con que cada vez alude a ella, se llegaría a la conclusión de que son mayores las reservas que el elogio franco. Pero digámoslo desde ya: es que para Sarmiento la Revolución Francesa era un valor entendido. Sería necio atribuirle un pensamiento general basado exclusivamente en sus críticas y reparos. Tal hipótesis constituiría una miope argumentación, que quedaría desvirtuada por él mismo cuando recurre precisamente al ejemplo de la Revolución Francesa ante un caso similar. En efecto, al comentar un artículo sobre el Romanticismo aparecido en el Semanario (Mercurio, 25-7-1842), que con escasa inteligencia y menor ponderación evaluaba dicha escuela únicamente por sus notas negativas (inverosimilitud, defecto, extravagancia, "todo aquello, en fin, que es contrario a la razón, a la naturaleza y a la verdad") Sarmiento afirma que si el mismo criterio se adoptara para juzgar a la Revolución Francesa, ésta no sería más que "el desenfreno de las pasiones más abominables, el robo, el de guello, la impiedad, la depravación de las costumbres, la aniquilación de todo principio moral. Porque en ella se vieron las matanzas de setiembre, las noyades, las metralladas, la guillotina ambulante, Robespierre, Marat, la conquista a sangre y fuego, y el saqueo de las ciudades y los excesos de una soldadesca victoriosa" (I,287)

Para Sarmiento, la Revolución Francesa era el acontecimiento "que ha cambiado la faz del mundo". Vale la pena ver, sin embargo, en qué se fundaron sus reparos. Pues el verdadero homenaje consiste en el conocimiento acendrado de la verdad histórica, es decir, tanto en los aspectos estremecedores del Terror como en los principios de justicia e igualdad que consagraron definitiva y universalmente los Derechos del hombre y del ciudadano.

¿Fue Sarmiento más sensible a los detractores que a los panegiristas de la revolución Francesa? La visión que de

ella posee lo induce a reservas que radican en tres cuestiones fundamentales, a saber, la violencia, el populismo y la derivación inmediata de la revolución (Napoleón).

Sarmiento, por de pronto, tiene clara conciencia de la diferencia que existe entre la revuelta (o motín) y la Revolución "como el gran crisol en que se depuró una Nación". Viene al caso recordar aquí la doble faz de toda revolución, su cara y ceca. "¿Qué es un hombre rebelde?" se preguntaba Camus, para responder: "Un hombre que dice no. Pero aunque rechaza, no renuncia: es también un hombre que dice sí, desde el comienzo" (21). Por eso toda revolución destruye un orden y construye otro. Son la "pars destruens" y la "pars edificans", los procesos de muerte y resurrección de los que hablaba Orgaz. Pero ambas varían, y si la segunda lleva tiempo, la "pars destruens" puede ser violenta y breve, hasta alcanzar el índice más alto de la escala sísmica. El aniquilamiento del orden anterior entraña muerte y destrucción, una violencia y una crueldad que pueden llegar al paroxismo. Allí están, durante la Revolución Francesa, las matanzas de setiembre, la guillotina, el río de sangre. Sarmiento fue especialmente sensible a esta "eficacia" que en su pensamiento tenía un viejo nombre: la barbarie. Por eso, una y otra vez exaltará el programa y condenará los hechos de la Revolución Francesa, mediante el repudio de "los adoradores fanáticos de sus horrores más que de sus principios" (XXXI, 254)

Esa condena se acentuará con los años. Quedarán atrás los miramientos e indulgencias. Los había tenido cuando hablaba de los excesos de la Revolución de Mayo "amenazada de perecer sofocada en su cuna y que llevan esa grandeza solemne que denuncia el Hércules niño, destrozando serpientes con sus manecillas", o cuando evocaba a Moreno, el "Danton de la revolución americana", diciendo que "sabía arrojar como una granada esas grandes medidas revolucionarias que la moral condena y la razón desapruueba, pero que salvan una revolución y engendran naciones nuevas, y nuevo espíritu, arrasando obstáculos, no importa que estos sean hombres" (VI, 55). O cuando hablaba de la Francia de su tiempo, "indulgente todavía en mucha parte con los antiguos excesos del patriotismo" (XLVI, 296). Con el tiem

po. fue enfatizando su ponderación de las revoluciones inglesa y norteamericana, en que la "pars destruens" era menor, y anatematizando a la francesa por sus olas de intolerancia y de furor.

Habría que decir aquí que, seguramente de modo consciente y subconsciente, obraba en Sarmiento la asimilación de una violencia a otra: la de los Marat, los Danton y los Robespierre a la de Rosas. Y esta identificación es la que enardece su verbo: "No era necesario que Rosas leyese libros. Estaba en la atmósfera americana el prototipo aquel del gobierno criminal en nombre de la justicia, la tiranía para hacer triunfar la libertad, la sangre para fecundar los derechos del pueblo." (XXVII, 326)

El ardor de la lucha contra la tiranía lo lleva a parangonar el régimen con los aspectos que consideraba más nefastos de la Revolución Francesa: "Rosas -dice- es la parodia de Robespierre y de Marat, con su club de los Jacobinos (la mazorca), el furor popular (faubourg Saint Antoine), la cinta colorada (el gorro frigio), las matanzas de Setiembre, la liberté ou la mort -Mort aux aristocrates!" (XLVI, 296)

El demonio de las comparaciones, por parte del gobierno francés (ministerio de Guizot), con sus simplificaciones lo había exasperado durante su estada en Francia. Resumía: "Rosas = Luis Felipe. La mazorca = El partido moderado. Los gauchos = La petite propriété. Los unitarios = La oposición del National. Paz, Varela, etc. = Thiers, Rollin, Barrot." (V, 124). Ahora (1859) él también ejercía la propia. Sin embargo, su entrañable esquema de civilización (la ciudad) y barbarie (el campo), no se avenía demasiado, naturalmente, con la Revolución, que se incubaba y estalla en la Gran Ciudad de Europa. Pero Sarmiento, como de costumbre, no se arredra, y recurre a otros enfoques, útiles (aunque no menos forzados) para sustentar el correlato: "detrás de nuestros ejércitos de línea se encendió una guerra de la Vendée, por las mismas causas y con los mismos chuanes, el paisaje de los campos y aldeas incultas, cerrando lo ojos a la luz de la civilización y de la libertad, y armándose de palos de guadañas para defender su secular ignorancia y pobreza estacionaria, sin que por eso nuestros gau-

chos, como los chuanes franceses, gritasen viva el rey absoluto, ni siguiesen a los párrocos como generales. La montonera no pudo ser metrallada, exterminada como la chuanería; porque era más digna de vivir y menos torpe en sus fines, y ha vivido treinta años, merced a la anchura infinita del desierto que da ba amplitud a sus movimientos, como libertad e independencia semibárbara a sus masas." (XV, 393). Y Sarmiento, convencido de la legitimidad del parangón, se pregunta cómo los franceses no comprendían nuestra lucha entre civilización y barbarie, só lo porque se hubiese prolongado más que aquella terminada con la pacificación de la Vendée, y no por la república triunfante sino por el despotismo renaciente.

Francia, la Revolución, y sus consecuencias, son temas de interés permanente en Sarmiento, con distinto motivo y tratamiento. En este orden de cosas, debe apuntarse el conocimien to y la ponderación admirativa de los hombres que con su pensa miento y sus obras hicieron posible la Revolución. Sarmiento ve en los enciclopedistas, especialmente en Voltaire, y más aún en Rousseau, a los verdaderos fautores del cambio, a los heraldos que supieron "profetizar el próximo temblor que iba a echar por tierra el ruinoso y gótico edificio social" (IV, 241). Y por eso repite admonitoriamente las palabras de Edgard Quinet: "Sin Montesquieu, Voltaire, Rousseau, Buffon, ¿qué que da del siglo XVIII? Quitadle a la Revolución los hombres ilustres, ¿qué queda? Un pueblo mudo y predispuesto a la servidum bre." (XXXVIII, 12)

Contrariamente a esa admiración por los filósofos, reprobaba y estigmatiza la falta de escrúpulos, traición de ideales o despotismo de los verbosos tiranuelos de turno, Marat, que "pedía cabezas de tiranos por millones!" (LII, 36), Danton, predicando "audacia, más audacia, y siempre audacia" (LII, 30), Robespierre, haciendo "su terrible papel de furibundo por patriotismo" (XXXVIII, 347), la violencia y la injusticia para asegurar la paz y la fraternidad.

En fin, Francia y sus conmociones se hacen presentes a raíz del conflictivo (hoy reactualizado) tema de "la capital de la república". Corre el año 1860. Sarmiento, partidario de que ella no se instalase en la populosa ciudad que era ya en-

tonces Buenos Aires (!), argumenta con la tesis histórica y general de que la libertad había sucumbido cada vez que una metrópoli rodeaba al Poder, quedando "dominada la representación nacional por la población de la ciudad capital" y las provincias con la misma suerte. En su diatriba, Sarmiento apela al ejemplo de la Revolución Francesa, recordando "que la asamblea constituyente, arrastrada a París desde Versalles por un movimiento popular, había sido bien pronto dominada por la Comuna de París, a la cual tuvieron fácil acceso Danton, Marat, que con los arrabales dominaron la Convención." (XIX, 35). Para recordar lo que sucedía en torno de tales preocupaciones, basta con leer a Michelet que muestra las luchas entre federación y monarquía primero, entre federación y unidad republicana después. En medio del debate, lo que está en juego es la hegemonía de París. El célebre historiador recuerda que "Condorcet, en un admirable opúsculo, afirma que París era el instrumento de esta unidad", mientras que Desmoulins advertía: "¡París, París, cuidado que no adviertan tu conducta en los departamentos!... ¡Tú necesitas de ellos para existir; ellos no necesitan de ti para ser libres!..." (22)

Hemos señalado también su reserva fundada en el populismo. Si algo lo exasperaba era el uso abusivo y demagógico de la invocación al pueblo. La palabra, tan usada y maltraída por mezquinos intereses políticos no le gustaba. Desconfiaba de ella, la subrayaba constantemente en señal de protesta. Su invariable prédica en defensa de las instituciones republicanas hacía hincapié en la representatividad como instrumento idóneo de la soberanía popular. Recordaba con insistencia que el pueblo no gobierna por sí mismo sino a través de sus representantes. Aquella intervención abrupta del pueblo en los acontecimientos de la Revolución Francesa lo indisponía, lo sublevaba. No toleraba, especialmente, que en su nombre se vulnerasen los derechos naturales de la persona: "Sacrifíquense los derechos individuales para salvar la nación y la integridad del territorio francés por las matanzas de setiembre. Así vino la tiranía que pesó sobre el mundo europeo." (XIX, 29)

Por el contrario, él mismo enunciaba lo que debía entenderse por pueblo, con definición objetiva y limitada: una so-

ciudad capaz de gobernarse a partir de la soberanía, y según las leyes; con restricciones que son al mismo tiempo garantías provenientes de la naturaleza humana, y que constituyen los derechos naturales. Sarmiento los enumeraba: "el de no ser privado de la vida, la libertad o de la propiedad, del honor o de la facultad de comunicar sus pensamientos o deseos, sino bajo ciertas formas establecidas, en virtud de una ley escrita, y oído el acusado de infracción de la ley, antes de aplicarle la pena que es la sanción de esa ley." (XXXIX, 6) ¿Qué es esto, sino una apretada síntesis de los derechos del hombre y del ciudadano, sancionados en 1789?

En fin, para Sarmiento, la Revolución Francesa termina desvirtuada en su derivación: Napoleón, cuya espada "pesó por el espacio de catorce años sobre la nación", "enfrenando la Revolución", invadiendo países, suprimiendo libertades, coronándose Emperador. O sea, lo constante en las luchas revolucionarias, que Sarmiento traza con pluma terminante así: "Estas tentativas de cambio se organizan poco a poco; de principios pasan a ser hombres; de hombres pasan a ser partidos; de partidos pasan a ser ejércitos; de ejércitos pasan a ser gobierno y poder. La necesidad del ataque y de la defensa, va concentrando lenta e insensiblemente todos los intereses de la acción y de la reacción en una mano, así es que apenas se realiza el triunfo de alguna de las dos fracciones contendientes, se ve surgir a un hombre poder en quien vienen a encarnarse todos los elementos de acción y todas las ideas que desparramadas en el sentir general de la época dieron principio al choque. Por esto es que todas las revoluciones acaban por elevar un dominador, es decir, un hombre centro que resume y reduce a poder real todos esos principios e intereses que empezaron como teorías a atacar los poderes preexistentes. He aquí por qué dominó Napoleón." (II, 115)

La Revolución Francesa había sido, según Sarmiento (con neta diferencia de otras interpretaciones), traicionada por Bonaparte, al conducir por un camino de gloria "la Francia a la desmembración y al oprobio" (XXXIX, 32). En suma, Sarmiento ve a la empresa napoleónica como una gran paradoja de la historia: de una parte, representó la negación en la práctica de

muchos de los principios revolucionarios: "al observar su largo silencio, la quietud aparente de superficie de aquella sociedad que parecía toda consagrada a la victoria y a las armas, hubiérase dicho que la revolución había cesado y que había pactado con los acontecimientos" (VI, 4). Y de otra, fue la gran ocasión para los pueblos de América empeñados en su emancipación, "puesto que a Fernando el querido le echaba la zarpa en Bayona, y lo contemplaba con curiosidad, como el gato a la laucha que tiene bajo su garra." (XXVIII, 201)

No le faltaba humor cuando quería, para referirse al Emperador. Hablando de Los gallos literarios (Mercurio, 23-6-1842) dice: "El gallo francés es igualmente bizarro, y tan altivo que sólo gusta posarse en lo alto de las banderas y en la parte superior del escudo de armas de su nación. Un tiempo hubo en que cedió su puesto a un águila formidable; pero los gallos insulares cayeron sobre ella, la maniataron y la condujeron a una ínsula remota, en donde murió la triste encadenada a una roca."

Consecuente con su capital preocupación, Sarmiento ejerció, más que un análisis de los acontecimientos históricos o de las ideas políticas inherentes a la Revolución Francesa, un análisis de ella en relación con la educación. Destacaba sus falencias, señalando reiteradamente que hacia 1789, en Francia, la mayoría del pueblo y aún los Corregidores no sabían leer, y llegaba osadamente a oponerles nuestra situación, afirmando: "Véase por el número de escuelas de diez años antes en Buenos Aires, que hasta los porteros podían firmar un recibo." (XXVIII, 202). No tuvo, pues, demasiado en cuenta (pero éllo fue común durante mucho tiempo) las realizaciones: la Convención Nacional, especialmente en su último tiempo, elaboró un proyecto de enseñanza primaria gratuita y obligatoria, escuelas secundarias gratuitas (otras de paga), creó las grandes escuelas, Normal Superior, (para formar profesores), Politécnica (para formar ingenieros y oficiales), Puentes y Caminos, de las que salieron los cuadros superiores de la nación durante un siglo y medio; fundó el Conservatorio de Artes y Oficios y el Museo de Historia Natural; reorganizó los antiguos colegios, recomendando enseñar en ellos "menos latín y más ciencias". (23)

Sarmiento ponderaba, sin embargo, la literatura del siglo XVIII, "tan polémica y tan contundente en sus golpes, que el ruido y el murmullo de las voces irritadas llegaba hasta las profundidades de la América" (XXVIII, 200). El gran libro (aparte de Robinson Crusoe, del que tan elogiosamente y tantas veces habló) fué para él Emilio. Pero sobre todo, aunque disintiese con ciertos aspectos de la Revolución, no podía dejar de coincidir con la plena reivindicación de los derechos "naturales" con el "pragmatismo" propugnado en la enseñanza, porque ésta era la nueva educación que se oponía a la antigua y tradicional, eminentemente abstracta, retórica y teologal.

Si ha habido para la Revolución Francesa las explicaciones más peregrinas, hasta llegar a vérsela como hija de la explotación de oro del Brasil, no podía faltar alguna de este tipo en Sarmiento, conocido por ciertas interpretaciones y pasajes disparatados pero divertidos según los califica Anderson Imbert, como aquel que pretende que "a los españoles que leían la Araucana en las ciudades les puso miedo el relato, como a los niños los cuentos de brujas, y los reyes de España mandaron cesar el fuego", o la explicación de las tonadas por "la marcha de las cabalgaduras, haciendo acentuar la palabra al asentar el caballo la pata", o aquel otro en que imagina al Virey Toledo contándole a Víctor Hugo su terror de la Inquisición (24). Como una más de estas sorprendentes extrapolaciones (por llamarla de algún modo) mencionemos la de que los males de la Revolución Francesa se deberían a...las lenguas clásicas, al latín y al griego. Oigámoslo: "Al fin, el latín y el griego trajeron la más espantosa tragedia de los tiempos modernos, cual fue la revolución francesa y su pobre desenlace, dejando burlada a la humanidad, después de haber inmolado lo más noble del pueblo francés. ¿Quiénes lanzaron la revolución en la falsa vía que tomó? -Sieyes, Talleyrand, Vergniaud, Robespierre, Mirabeau, la Roland, Camilo Desmoulins, latinistas que se llamaron Arístides, Scipion, Focion, Graco, Caton. César estaba siempre, según ellos, amenazante a la puerta de la Asamblea, hasta que un estudiantillo de genio, con los Comentarios de César en el bolsillo, realizó el tipo ideal paseando por toda la Europa las águilas romanas a la cabeza de las legiones

de un César corso." (XXX, 120). A tan diversas causas se han atribuido los excesos de la revolución Francesa, que la explicación de Sarmiento no ha de pesar demasiado en la balanza de los historiadores. Sí, seguramente, en la de los helenistas y latinistas que no se la perdonarán (sin contar a los fanáticos de Napoleón).

oOo

Faltaban unos pocos meses para el primer Centenario de la Revolución Francesa cuando murió Sarmiento. De haber sobrevivido, seguramente habría escrito algunas páginas de homenaje, como lo hiciera en ocasión del Centenario de la Independencia de los Estados Unidos (con motivo del brindis en la casa del Ministro General Osborn, el 4 de julio de 1876). En dos aniversarios del 14 de julio había estado en Francia, en 1846 y 1847. El primero lo pasó en Versalles, el segundo en París. ¿Qué hizo en cada uno de esos días? Aparentemente nada que tuviese relación directa con la efemérides, al menos si juzgamos por su Diario de gastos. No pudieron, obviamente, transcurrirle indiferentes, pero ninguna anotación lo registra. Curioso, perceptivo, infatigable, ¿qué paseos o itinerarios habrá hecho, que no conservan sus notas? De su estada en París nos quedan dos testimonios de primer orden: el mencionado diario y la carta a su amigo Aberastain.

Flâneur impenitente, él mismo ha contado las delicias de sus vagabundeos, haciendo el elogio de la flânerie: "Ando lelo; pareceme que no camino, que no voy sino que me dejen ir, que floto sobre el asfalto de las aceras de los bulevares". Paseaba, con el plano de París que había comprado, extraviándose, preguntando, descubriendo asombrado "que sólo en Francia y sobre todo en París se encuentra esa benevolencia pública, esta bondad fraternal. Sólo en París también el extranjero es el dueño, el tirano de la ciudad. Museos, galerías, palacios, monumentos, todo está abierto para él, menos para el parisiense,

oOo

a toda hora y en todos los días. Mostrar su pasaporte a la puerta es mostrar un firman ante el cual se quita el sombrero el conserje", para terminar conmovido ante la urbanidad y cortesía del pueblo francés, que lo lleva a preguntarse si ese pueblo tan solícito y afable es el mismo que hiciera las revoluciones de 1789 y 1830: "¡Imposible! Y sin embargo, ello es real." (V, 117)

Sabemos que fue al Luxemburgo, al Barrio latino, a Boulogne, al Hipódromo, al Jardin des Plantes, al Champ-de-Mars, al Café de París, al Palais Royal, al baile Mabille, al Ranelagh...según lo que registra. ¿Y lo que no registra? ¿Habrá llegado en sus paseos hasta la Bastilla, uno de los barrios más populares de París? Si lo hizo, pudo contemplar la Columna de Julio, terminada poco antes y -tal vez- la maqueta de la fuente que en forma de elefante había proyectado Napoleón, abandonada allí hasta 1847.

En el Bicentenario, lo imaginamos andando por el "París encantado de la Francia de nuestros sueños, como él decía, pasando por los lugares más memorables de los fastos revolucionarios, evocando con su imaginación siempre vivaz y colorida, figuras y episodios del pasado francés.

De aquel grato séjour y del contacto con las gentes guardaría un recuerdo definitivamente vivo y actuante. De la Revolución, y a pesar de sus reparos, destacaría cada vez, en adelante, el logro imprescriptible de los Derechos del hombre y del ciudadano, el culto de los pensadores que los alumbraron, y el carácter intemporal y universal de su legado.-

NOTAS

- 1.- Raúl A. Orgaz, "Ensayo sobre las revoluciones", en Sociología, Córdoba, Alessandri, 1950, p. 357.
- 2.- Todas las citas de Sarmiento corresponden a las Obras completas, ed. de Augusto Belin Sarmiento. Los números romanos indican el tomo, los arábigos la página.
- 3.- Paul Hazard, La pensée européenne au XVIIIe. siècle, Paris, Boivin, 1946, p. 373.
- 4.- Ib., p. 374.
- 5.- Georges Duby y Robert Mandrou, Historia de la Civilización Francesa, F.C.E., México, 1966, p. 328.
- 6.- J. Ortega y Gasset, "Prólogo a la Historia de la Filosofía de Karl Vorländer", en Historia como sistema, Madrid, Revista de Occidente, 1941.
- 7.- Citado por Orgaz, op. cit., p. 375.
- 8.- Orgaz, op. cit., p. 348.
- 9.- A. Camus, L'Homme révolté, Paris, Gallimard, 1952, p. 136.
- 10.- J. Huxley, Vivimos una revolución, Bs. As., Sudamericana, p. 17.
- 11.- Ortega y Gasset, "El ocaso de las revoluciones" en El tema de nuestro tiempo, Madrid, Revista de Occidente, 1961, p. 109.
- 12.- Orgaz, op. cit., p. 359.
- 13.- Camus, op. cit., p. 136
- 14.- Orgaz, op. cit., p. 359.
- 15.- O. Paz, El arco y la lira, México, F.C.E., 1981, p. 220.
- 16.- G. M. Trevelyan, La Revolución inglesa, México, F.C.E., 1951, p. 7.
- 17.- A. Maurois, Historia de Inglaterra, Bs.As., Hachette,

- 1966, p. 216.
- 18.- Crane Brinton, Anatomía de la Revolución, Madrid, Aguilar, 1958.
 - 19.- Ortega y Gasset, "El ocaso de las revoluciones", op. cit., p. 109.
 - 20.- Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Vol. XIII, Bs. As., 1940, p. 159.
 - 21.- Camus, op. cit., p. 25.
 - 22.- J.Michelet, Historia de la Revolución Francesa, Bs.As., Argonauta, 1946, t. III, p. 15.
 - 23.- Cf. E. Lavissee, Histoire de France, Paris, Colin, 1935, p. 281 y Duby-Mandrrou, op. cit., p. 396.
 - 24.- Cf. E. Anderson Imbert, Genio y figura de Sarmiento, Bs. As., Eudeba, 1988, p. 154.